

Pasados estos siglos de turbulencias é inquietudes, se empezaron á buscar en el sosiego de la paz los monumentos literarios que se habian perdido con las guerras, y á fuerza de tiempo y de diligencia se encontraron muchos de ellos, bien que esparcidos en diversas partes, y tal vez alterados considerablemente por descuido ó ignorancia de los copiantes.

De aquí nació el grande aprecio de los códices, que, cuanto mas antiguos, eran mas estimables, porque eran menos sospechosos: de aquí nació tambien la malicia de los que, para acreditar alguna noticia ú opinion que les acomodaba, suponian haberla encontrado en un manuscrito antiguo, y aun tal vez alteraban algun códice verdadero para introducir en él sus mentiras; y de aquí nació, últimamente, la necesidad de aplicarse los estudiosos á buscar el verdadero sentido de algunos lugares oscuros, confiriéndolos con otros de los mismos ó de distintos autores, y procurando ilustrarlos con notas pertenecientes á las personas ó cosas de que en ellos se trataba.

Supuesta la literatura en este estado, se pueden reducir á tres capítulos los defectos ó abusos que en ella se introdujeron. Unos se descuidaron en conservar los monumentos auténticos y en seguir las huellas de los verdaderos sábios; otros abrazaron como buenos y auténticos todos los libros que llegaron á sus manos, sin examinarlos en el crisol de la verdad y de la razon; y algunos, aunque siguieron los buenos ejemplares, no supieron imitarlos, abusando de la erudicion, y haciendo que su ciencia fuese molesta á los otros. Estos vicios, que impugnó discretamente CERVANTES en su QUIJOTE, contaminaron universalmente todas las ciencias. Pero él, como afecto y apasionado á las letras humanas, los contrajo solamente á ellas y á la historia.

Los mas auténticos testimonios de esta se perdieron, no solo por la turbulencia de los tiempos, sino mucho mas por la ignorancia y descuido de los que poseian aquellos tesoros. Un papel carcomido ó un pergamino viejo les parecía que para nada podia aprovechar, y así vinieron á parar en las boticas y tiendas los privilegios y los títulos de muchas preeminencias y posesiones.

Este descuido, que era grande en tiempo de CERVANTES, y aun despues ha continuado todavía, le manifiesta graciosamente cuando refiere el hallazgo de los manuscritos árabes que contenian la *Primera Parte* del QUIJOTE, los que estaban en poder de un muchacho, que, con otros papeles, se los iba á vender á un sedero, y por fin se los dió á CERVANTES por medio real.

Otro defecto, comparable á este descuido, era el de los que se dedicaban á las letras humanas, particularmente á la poesia, y, olvidados de los antiguos maestros, tenian por guia á su ingenio y por regla su capricho, de donde se originaron por la mayor parte las ridiculas extravagancias que aun hoy se conservan en nuestro teatro.

De esto trató CERVANTES magistralmente en la conversacion del canónigo y el

cura, y aun tambien cuando Don Quijote alabó á Don Lorenzo de Miranda porque, antes de tomar el nombre de *poeta*, procuraba merecerle manejando dia y noche los ejemplares griegos y latinos.

Pero no estaba todo el descuido en los literatos: tenian mucha culpa tambien los poderosos y grandes. Sin la proteccion de estos no pueden hacer progresos aquellos. CERVANTES, que lo sabia por propia experiencia, lo dió á entender cuando Don Quijote preguntó al estudiante que le llevaba á la cueva de Montesinos si tenia algun Mecenás á quién dedicar sus obras.

La poca aficion de los poderosos á las ciencias, y la ignorancia del vulgo, hizo que los hombres capaces de ilustrar la nacion con su literatura la abandonasen, y se dedicasen á lo que, siendo del gusto del pueblo, podia darles de comer. Por eso Lope de Vega se dedicó á componer malas comedias, sabiendo hacerlas buenas. Así lo da á entender CERVANTES en el citado discurso del canónigo de Toledo, y así lo confesó tambien el mismo Lope.

Como en los libros no se buscaba mas que la diversion, lo mismo se estimaban las historias verdaderas que las novelas fingidas. Digna es de notarse la gracia con que da á conocer este error CERVANTES cuando Don Quijote, para probar al canónigo la verdadera existencia de los caballeros andantes, alega por razon que sus historias estaban impresas con licencia, y antes habia hecho una graciosísima enumeracion de héroes verdaderos, mezclados con otros fabulosos, y de pasajes de historia, entretejidos con aventuras caballerescas.

Fiados los escritores en esta credulidad del vulgo, abusaban de ella poniendo en sus libros todo cuanto les acomodaba, por inverosímil que fuese. El haber faltado el original del QUIJOTE en la aventura del vizcaino, y encontrarse justamente esta misma aventura en el primer cartapacio de los que llevaba el muchacho para venderlos al sedero, es una casualidad tan oportuna como inverosímil, y, por tanto, excelente para satirizar este abuso.

En esto se vé que la ignorancia comun era causa de que, los que sabian algo, hiciesen mal uso de esta ventaja. Pretender que todo el mundo se componga de sábios, es un imposible; pero, que la ciencia esté depositada en un reducido número de sujetos, tiene muy malas consecuencias. Bien se vé cuán ridiculo es que el romance que cantó Antonio sobre sus amores á Olalla se le hubiese compuesto su tío el beneficiado; pero era muy ordinario esto cuando solo los eclesiásticos y los que seguian la carrera de la judicatura se ocupaban en leer y estudiar, y ellos hacian todas las obras de ingenio, fuesen ó no correspondientes á su estado: de lo que tenemos un monumento permanente en nuestras comedias, compuestas la mayor parte por eclesiásticos.

Los que estudiaban sin el fin de ganar qué comer, se aplicaban de ordinario á la astrología judiciaria, engañándose á sí mismos, creyendo que sabian algo, cuando nada podian saber, de una ciencia imaginaria que solo existió en la fantasia

de los que creyeron que la sabían. Á la verdad, parece que Dios, para humillar el orgullo de los hombres, permitió que incurriesen en una ceguera tan grande como dar preceptos y escribir libros sobre una cosa que ni tiene fundamento en la razón, ni objeto posible, y con todo se alzó con el título de ciencia, y se enseñó como si lo fuese. Además del pasaje que ya se ha citado, del mono adivino, hay otros en el *QUIJOTE* que indican este error ó ignorancia. Tal es lo que refiere Don Antonio, de haber observado astros y hecho círculos el que le hizo la cabeza encantada; y tal es la mención que se hace de haber estudiado esta facultad en Salamanca el pastor Grisóstomo y el bachiller Carrasco.

La falta de conocimiento de las ciencias produjo mal gusto aun en las letras humanas, y con especialidad en la poesía. Creyeron que para ser poeta bastaba tener ingenio; y así, en vez de aplicarse á perfeccionarle con el arte, se contentaron con proponerse caminos dificultosos para hacer ver su talento en superar las dificultades. Para esto inventaron las glosas, los acrósticos y otras composiciones semejantes, en que se malogra el ingenio sin sacar otro fruto que llenar de palabras unos versos vacíos enteramente de pensamientos sólidos é instructivos.

Como este daño era grave, le corrige CERVANTES con la sátira y con la razón. En el discurso de Don Quijote al caballero del Verde Gabán, y en la conversación con su hijo Don Lorenzo, da reglas y preceptos excelentes; y en el acróstico del nombre de Dulcinea, que pidió al bachiller, se burla nuestro autor del servil estudio que pedían estas composiciones.

También se burla del estudio y aplicación que se emplea en cosas inútiles, en la enumeración de las obras del estudiante que guiaba á Don Quijote á la cueva de Montesinos; es á saber: el *Libro de las Libreas*, el de las *Transformaciones*, y el *Suplemento á Polidoro Virgilio*, obras á cual más inútiles, pero muy semejantes á otras muchas que ocupaban y aun en el día están ocupando las prensas. Del mismo jaez era también la traducción que se estaba imprimiendo en Barcelona: el traductor no tenía otra mira que ganar dinero, y para eso se empleó en traducir un libro de bagatelas. Sin duda eran muy semejantes los traductores de aquel tiempo á algunos de los del nuestro, que suelen escoger para sus traducciones las obras que menos importan.

En varios lugares del *QUIJOTE* parece que CERVANTES desaprueba la ocupación de traducir; pero, si se repara con atención, se verá que habla solo de las obras de ingenio, las cuales, ó se han de traducir muy bien, como el *Pastor Fido* y la *Aminta*, ó se han de dejar en su lengua original, pues no hay cosa tan insufrible como la necesidad de los que se atreven á dar al público las traducciones que hacen cuando están aprendiendo una lengua. Si los tales leyeran el diálogo de Don Quijote con el que tradujo *Las Bagatelas*, hallarían una graciosa burla de su atrevimiento.

No es menos insufrible que la ignorancia de estos la pedantería de los que ostentan erudiciones que no vienen al caso, llenando de acotaciones los márgenes,

y de notas el fin de los libros; pero á fe que no es mala la lección que les da CERVANTES en su prólogo, aunque, para burlarse de estos pedantes, bastaba la nota que se encontró en el margen de los pergaminos árabes, en que se aseguraba que Dulcinea había tenido gran mano para salar puercos.

La pesadez de muchos historiadores, que cuentan como circunstancias precisas de los hechos algunas menudencias despreciables, está discretamente pintada en el carácter de prolijidad que supone en *Cide Hamete*.

La ignorante vanidad de los que echan la culpa al impresor de los errores que ellos mismos cometieron, se vé ridiculizada en la respuesta de Sancho al cargo que le hacían de haber ido montado en el rucio después de habersele hurtado; pues él, no sabiendo qué responder, dice que sería yerro de imprenta.

La necia pretensión de los que creen hablar con pureza alguna lengua, solo porque son de parte donde se habla bien, como pretendían los toledanos, se halla impugnada en una reflexión del licenciado que acompañaba á Don Quijote á las bodas de Camacho, en que demuestra que el hablar bien no viene de haber nacido en esta ó la otra parte, sino de haber tenido buena crianza: reflexión que había hecho antes el doctor Villalobos.

Los plagios poéticos, tan comunes en tiempo de CERVANTES, tampoco pudieron escapar de su juiciosa crítica; pues hizo que Don Quijote preguntase al mozo que junto al túmulo de Altisidora había cantado, *¿qué tenían qué ver las estancias de Garcilaso con la muerte de aquella señora?* Á lo que el mozo solo pudo responder, que esos robos estaban muy en costumbre entre los intonsos poetas.

Finalmente, tampoco se quedó sin notar la pasión de ser celebrados, común á todos los hombres, pero mucho más fuerte en los estudiosos. Dice que se holgó Don Lorenzo de Miranda de verse alabar de Don Quijote, aunque le tenía por loco. Y es de notar que CERVANTES, que pocas veces habló en cabeza propia en todo el discurso de su fábula, habiendo dicho esto exclama luego: *¡Oh fuerza de la adulación, á cuánto te extiendes, cuán dilatados límites son los de tu jurisdicción agradable!*

Á vista de tantas juiciosas críticas y sábias instrucciones como hemos mostrado en la fábula de CERVANTES, ya contra el espíritu caballeresco, ya contra los vicios y abusos comunes, y ya contra los defectos literarios, no me parece que se puede dudar que la moral del *QUIJOTE* es comparable á la de los más famosos filósofos. Y, al ver la gracia con que da estos documentos, sazonados con el chiste y vestidos de todos los primores de la oratoria y poesía, es forzoso confesar que su instrucción no es de menor utilidad que la de los tratados de ética más acreditados y famosos.